

Sergio Mallol

La fuerza, la presencia de una obra de arte reside en su propia verdad. Esta no emana de equivalencias, analogías o correspondencias, sino de la concordancia entre intuición, voluntad y medios expresivos.

La razón de ser de la obra, por tanto, no se debe buscar más allá del arte. La relación entre hombre y obra es profunda y suficiente. Es visión del mundo, distinta y única.

Develar la vida, interpretar la realidad desde el arte es hacer uso de un lenguaje y de una forma de comunicación generalmente irreductible a otras formas de pensamiento. El artista es taumaturgo y poeta. Su lenguaje toca al hombre como un canto.

Como el viento y como el agua su fuerza emana de la tierra. Por ello es difícil traducir la obra de arte a términos verbales. Resulta tan difícil como explicar el árbol, el mar, el horizonte.

Sergio Mallol fue escultor. Cuando esto puede decirse así, sin adjetivos, es porque se está haciendo alusión a la excelencia.

Por ello describir su obra resulta innecesario. Especular sobre influencias, contactos, relaciones, tiene el sabor de erudición impertinente.

No es una descripción la que hace falta, como tampoco un curriculum vitae.

Hace falta mirar, considerar, ver.

En esa quieta fuerza palpitante, en el perfil liviano, en la compacta solidez - peso vivo y fecundo - materia en equilibrio de aristas, filos, superficies, surge la voz y el canto.

Para quien mira bien, hay una sensibilidad, una nostalgia, herida con la espera y la esperanza. Para quien pueda amar hay amor. También respira el corazón, la mano, la mirada, abiertas para darse.

Todo el abrazo, toda la sonrisa, la pena y el descanso.

Mallol creyó como nosotros en un mundo distinto.

Sin dejar ni abandonar el hoy, inquieto y duro, Mallol amó el mañana porque vio en él una razón. Amó y creyó en un mundo diferente. Nos unió un calor humano por encima de todo escepticismo.

~~Mallol~~ Mallol, más allá de todos los temores, de todas las flaquezas, de las cobardías, hay una voz tranquila.

Nos convocamos aquí para ver en tus ojos, para unir nuestras manos con las tuyas.

ALBERTO PÉREZ